

«Vergüenza»

Gloria Jensen Estupiñán Economista de la Universidad Industrial de Santander,
Magíster en Ciencias de la Administración Pública y
Política de la Universidad de Berna y Doctora en Filosofía.

Correo electrónico: aristoteles@bluewin.ch

Luz Irene:

camino...

A mi amiga

Una luz en mi

I PARTE

El profesor Chaparro miraba con desdicha a sus estudiantes, jóvenes barbados y deshinchados hablando un dialecto ridículo que se alejaba, conforme pasaban los años, cada vez más del elegante alemán. La única estudiante que respondía a sus expectativas, a pesar del dialecto, era Sandra, que por lo menos se esmeraba en dar respuestas espabiladas, en vez de, como hacían sus compañeros, mirar riendo las pantallas de sus teléfonos inteligentes. Con sobrecogedora resignación Chaparro comenzaba a aceptar las predicciones de su colega sueco Nick, quien vaticinaba que muy pronto los teléfonos inteligentes lo serían aún más que los propios seres humanos.

- No sería nada extraño – rezongó Chaparro mentalmente – sólo hay que ver a estos zoquetes para intuir que los teléfonos son más que ellos.

Clausuró la clase hastiado de ver el enamoramiento de los chicos por aquellas máquinas de la virtualidad; acto seguido caminó desgarbado, como solía caminar cuando algo lo desalentaba profundamente y se dirigió a cerrar las ventanas del salón de clase.

Mientras llegaba a su oficina un extraño nudo en el pecho lo sobresaltó; al entrar en el despacho abrió rápidamente las ventanas, desabrochó algunos botones de su camisa azulada y respiró con fogosidad el aire de la soleada mañana de junio. Un sol deslumbrante y atípico se erigía sobre la ciudad de Zúrich, sin embargo, Chaparro respiraba con dificultad y muchas preguntas rondaban en su cabeza: ¿qué pasaría si las predicciones de Nick eran ciertas?, ¿qué ocurriría con la humanidad? Le hacía falta el aire y le costaba trabajo pensar. El último de sus pensamientos se concentró de nuevo en las predicciones de su colega... murmurando sentenció...

- Muy pronto las máquinas serán más inteligentes que los humanos, serán suprainteligentes... entonces ellas sí podrían descubrir que no soy tan humano como casi todos creen.

Esta afirmación le provocó más angustia, notando como las venas de sus brazos se engordaban muy mucho, aún más de lo habitual.

Se daba perfectamente cuenta además de que no paraba de pensar en esa muchacha que hacía algunos meses había llegado de forma sorpresa a su clase de ecuaciones de primer y segundo orden.

Ella, al final de una clase, una vez todos los estudiantes desalojaban el salón, se acercó a él...

- ¡Vaya, qué emotivo había sido aquel primer encuentro! – repasó de nuevo mentalmente.

En el mismo momento en que ella formulaba una pregunta, sus ojos azules se encontraron con los de ella, marrones y serenos; fue entonces cuando algo extraño recorrió todo su cuerpo, era como si esa mirada le hubiera ocasionado la sensación de sentirse desarropado por varias ráfagas de ametralladora que de forma impetuosa atinaban a envestirlo por completo. No queriendo perder aquel contacto tan rápidamente, Miguel Ángel Chaparro le preguntó...

- ¿Cuál es tu idioma materno?
- El castellano - había respondido ella -
- ¡Vaya, entonces podemos hablar en castellano!...

y un par de risas habían surgido de ambos, había sido el inicio de una agradable y corta conversación, mientras caminaban hasta la inmensa y caótica estación de trenes de la ciudad de Zúrich.

Una vez en la estación, Chaparro sintió angustia, la angustia de estar de repente tan cercano a alguien que acababa de conocer, y como siempre él, cuidadoso y receloso de su gran secreto, presintió de nuevo el peligro, no podía acercarse a nadie demasiado. Nadie más podía saberlo, excepto Claudia y Manuel. Nadie podía descubrir la profunda conexión que él mantenía con cosas aún desconocidas para la humanidad. Así que abruptamente zanjó de golpe la conversación con la muchacha y desapareció dando zancadas y sintiendo como su corazón se desbocaba. No sin antes haberle preguntado su nombre, que, al escucharlo en medio del bullicio ensordecedor alrededor de los trenes, lo había transportado al apacible jardín de rosas de la ciudad de Berna, muy distinto al lugar en donde realmente se encontraban.

Pensó al principio que no volvería a verla, de todas formas, no era una alumna recurrente en sus clases, pero chocó con la realidad al percibirla allí de nuevo una y otra vez.

Hasta que un día, sucedió lo que a veces no se puede impedir, en medio de la clase, Chaparro volvió a reconocer aquel contacto visual tan atrayente y no pudo evitar por unos segundos, tal vez minutos, perderse en aquellos ojos tan apacibles. Volvió a sentir de nuevo esa sensación de desnudez y, algo aturdido y avergonzado, notó como empezaban a perder coherencia sus palabras frente a sus alumnos.

Afectado por el bochorno en su rostro, no pudo más que mirar por los ventanales del recinto y concentrarse en la espléndida catedral de Zúrich, mientras intentaba que sus pensamientos volvieran a ordenarse, si es que acaso pudieran...

- ¡Vaya, parece ser que ahora si la has liado Chaparrito! - se dijo mentalmente mientras miraba la impavidez de la catedral, como si se erigiese ajena al desesperante caos de la ciudad y al de Chaparro propio.

Decidió no atormentarse más y olvidarse de su misteriosa alumna, de hecho, tuvieron que pasar muchos meses para que volviera a saber de ella. Un día la sorpresa reapareció, se presentó frente a su oficina; después de tanto tiempo se volvían a ver cara a cara. Chaparro se apresuró a cerrar las ventanas de su computadora en donde unas ecuaciones sofisticadas sobre leyes de entropía en las galaxias se manifestaban; mientras tanto la joven y atractiva morena pareció no darle importancia al hecho y comenzó hablar de una forma muy amigable y desenvuelta.

La conversación había sido muy amena, hasta que el decano los interrumpió intempestivamente diciéndole al profesor que fuera urgentemente a su despacho, ya que quería mostrarle un nuevo informe de la NASA...

- ¡Vaya! – dijo Chaparro tratando de parecer algo jocoso – ¡parece ser que aquí nunca me dejan en paz!

Se habían despedido casi obligatoriamente, pero habían quedado de volverse a ver puesto que la alumna le había alcanzado a contar que tenía algunos problemas con sus exámenes de álgebra y quería hablar con él sobre el asunto. Aunque él no fuese el profesor de álgebra, podría ser que de algo le sirviera sus apreciaciones.

No sabía muy bien cómo podría ayudarla, pero de lo que estaba absolutamente seguro era que quería volverla a ver. Unos días después se encontraban en una de las aulas destinadas para reuniones importantes de la universidad *GENIOS*, repasando los exámenes.

Durante aquel encuentro, creyó evidente la tensión sexual que él sentía al tenerla tan cerca, pero lo mejor era no darle más vueltas y olvidarla para siempre. Sin embargo, se habían seguido viendo, habían ido a tomar café a la terraza de la universidad y en más de una ocasión, él había notado como sus ojos azules chispeaban al verla y como de vez en cuando, no podía evitar perderse en su sonrisa.

Chaparro, sumergido en todos estos recuerdos, miraba ahora la explanada de Zúrich con su sol deslumbrante, de repente se vio reflejado en la ventana y vio como una sonrisa de enamorado aparecía en su rostro...

- ¡Me cago en la leche Chaparro!... ¡te has enamorado! – exclamó Miguel Ángel con cierta resignación.

Pero definitivamente, él no era completamente humano, y debía impedir que otra persona más lo supiera, no podría correr más riesgos. Sería exponerse demasiado si daba rienda suelta a tal emoción.

Si hablase con Claudia podría exponerle la situación, pero lo mejor era callar; Claudia siempre había estado en contra de la humanidad y de cualquier tipo de amor entre humanos, de hecho, ni siquiera creía en tal sentimiento. Así que tal vez no lo comprendería y volvería a decirle que lo mejor era acabar con toda clase de humanidad y, con todos aquellos falsos sentimentalismos que la envolvían.

De repente alguien tocó a la puerta, era Emons, el decano. Seguidamente caminó algunos pasos por la oficina, se sentó en una de las sillas frente a Chaparro y le dijo...

- Miguel Ángel, acaban de enviarme por la intranet el nuevo informe de Claudia sobre el transhumanismo. Sabes, no paro de maravillarme por nuestra querida colega, acaba de presentar las últimas muestras hechas con los osos de Berna y parece ser que ha encontrado la célula inmortal a través de las proteínas sintetizadas del ADN de alguno de ellos.

Chaparro parado todavía al lado de la ventana y sintiendo el sol abrazador en su cuello y espalda expresó una mueca de satisfacción recordando a su loca amiga. Emons continuó...

- Muy pronto tendremos osos inmortales en Berna y también humanos. Ahora Miguel Ángel sonreía siguiendo los ojos inquietos de Emons, quien miraba de un lado para el otro maravillado por la inteligencia de su tierna amiga. Emons mientras tanto se levantaba de su silla y alzando sus brazos en señal de victoria dijo...

- ¡Por el transhumanismo!

Miguel Ángel le respondió mientras sus poderosos brazos alzados imprimían el ímpetu de siempre...

- ¡Por fin traspasaremos nuestra limitada condición humana Emons!

II PARTE

El atractivo y huraño Manuel Kunt miraba a lo lejos el apacible valle a las afueras de la ciudad de Zúrich.

Había viajado hasta allí con algunos amigos del bufete para pasar un fin de semana tranquilos, lejos del bullicio y las obligaciones que atañían Ginebra. Kunt estaba retraído, como era su costumbre, mientras sus compañeros de trabajo, hablaban, tomaban cerveza alemana y cocinaban.

Sin embargo, Kunt no estaba en disposición de hablar y de mucho menos cocinar, una zozobra en su corazón estaba latente, aunque la tranquilidad del lugar le ayudaba a serenar su confusión interior. La última charla que había tenido con Claudia lo había dejado muy angustiado. El transhumanismo estaba a la vuelta de la esquina y junto a él, todo lo que aquello acarreaba, hombres, mujeres y animales inmortales, desinterés por el amor entre parejas y un vórtice de tecnologías incomprensibles todavía para el ser humano que llegarían a simular el amor y la ilusión entre hombres y mujeres. ¿Qué pasaría con el amor? ¿Qué pasaría con el amor entre dos distintos géneros? La importancia del género entre hombres y mujeres parecía también desaparecer, ya no sería necesario que hombres y mujeres se enamoraran, bastaría con enamorarse de máquinas para ser o creer ser felices. Todas estas conclusiones a las que había llegado después de la conversación con Claudia, lo desalentaban; él, que siempre había sido un romántico empedernido, un conquistador innato, que incluso había logrado enamorar a varias feministas a pesar de sus reticencias, se tendría que limitar a enamorar a una máquina o lo que sonaba aun peor a dejarse enamorar de alguna de ellas.

- ¡Desengáñate Manuelito!... el género ya no será necesario para ningún tipo de relación -le había dicho Claudia burlándosele en la cara, como era su costumbre.

Sus compañeros hablaban por otra parte sobre el nivel alarmante de cambios que habían tenido que incluir en el contrato de acuerdos bilaterales con Serbia; la mayoría de los colaboradores del bufete habían sido solicitados por la organización de las naciones unidas para redactar de forma coherente y legal el acuerdo al que habían llegado con dicho país y de esta forma evitar más enfrentamientos de inmigrantes ilegales en la frontera. Pero a Kunt le interesaban otras cosas, así que decidió tomar su chaqueta gris destinada para vientos fríos y salir a fumar su purito caminando por el campo.

Qué hermoso era ese lugar, esas colinas le recordaban una bella región que conocía desde cuando niño había viajado a Colombia, se llamaba Antioquia. Qué feliz había sido por esas praderas y esas colinas y esas montañas, verdes tan verdes como él nunca lo hubiera podido llegar a imaginar. Ese apacible verde lo llevó al recuerdo de su primer amor, una niña colombiana de piel morena y ojos marrones claros y grandes que parecía que le estuvieran mirando en ese mismo instante, a pesar de que de ello ya habían pasado casi treinta años.

- ¡Margarita!... ¡ese era su nombre! – exclamó Kunt casi murmurando.

Lo había cautivado con su forma de hablar tan amena y su inteligencia y por supuesto al advertir que también hablaba el idioma alemán había quedado más que maravillado. Alguna vez la había *googleado* descubriendo que también era abogada como él y que trabajaba para el tribunal europeo de los derechos humanos, circunstancia que literalmente lo dejó sin aliento.

- ¡Margarita, la antioqueña! ¡Hace cuánto que no sé de ti!...

Exclamaba Manuel con una sonrisa que casi nunca nadie había visto aparecer en su rostro, puesto que recordaba la vergüenza dibujada en las mejillas de Margarita y sentida en las de él, cuando se habían dado un primer beso escondidos en aquel verde de aquellos bosques antioqueños, verde que, a pesar de los años, continuaba siendo inolvidable para Kunt.

III PARTE

Manuel le había llamado para decirle que se encontraba en una aldea a las afueras de Zúrich, habían alquilado una cabaña gigantesca y si Miguel Ángel lo quisiera, podría incorporarse al agasajo de tranquilidad, cerveza y salchichas que encontraría allí.

Sería una buena oportunidad para charlar con el alemán gruñón, al fin de cuentas siempre lograba sacarle una que otra sonrisita. Hacía solamente algunos días en que Emons se había presentado en su oficina con la excelente noticia sobre el transhumanismo y desde entonces Miguel Ángel tenía un estado de ánimo más asequible a pesar de que no dejaba de pensar en aquella chica.

En tan sólo hora y media con el bus de color amarillo destinado para las regiones montañosas, se encontraba Chaparro junto a su amigo. A Chaparro como siempre le alegró verlo y apretándole entre sus brazos lo más fuerte que pudo le dijo...

- ¡Kunt qué gusto de verte!

Pero Kunt pareció responderle el saludo con un gruñido. Aunque notaba la inminente preocupación en los gestos de Manuel, soltó su característica carcajada para intentar romper el hálito de hielo que siempre rondaba al buenmozo germano. El germano por su parte se cercioró que el sonriente español comiera suficientes salchichas blancas asadas alemanas y tomara unas cuantas cervezas rubias; algún rato después buscó la manera de quedarse a solas con Chaparro y para ello, con la excusa de fumar un cigarrillo, lo llevó a dar una caminata por las apacibles praderas.

Durante la caminata Kunt le hizo explícito a Miguel la profunda preocupación que en los últimos días mantenía a raíz de las charlas con su amiga en común...

- Miguelito, no podemos traspasar nuestra condición humana, no podemos dejar al humanismo, ¡somos humanos, no somos máquinas!
- ¿Qué es lo que tanto te preocupa Manuelito?
- El amor...
- ¡Pamplinas!... El amor, mi querido amigo, es meramente una mentira que vosotros los humanos os habréis creado para poder dar rienda suelta a la procreación y a la satisfacción de los placeres carnales.

- No te estoy hablando sólo de eso... sabes que hay algo más...

Los dos amigos se quedaron mirando por unos instantes, acto seguido Miguel Ángel rompió el silencio y decidió dejar de mostrarse indiferente y sincerarse con su amigo...

- Manuel te comprendo... hace algún tiempo he estado viviendo algo que no he sido capaz de controlar...
- ¡Cuéntame! – Manuel parecía intrigado -
- Creo que me he enamorado...
- ¿Qué?... ¿tú?... ¿de quién?... ¿o de qué?
- Son muchas preguntas a la vez... ¿no crees?
- ¡Cuéntame coño!
- Es una mujer en la mitad de los treinta... y... es colombiana...

Manuel parecía sonreír a pesar de su común hostil aspecto, seguidamente abrazó con algo de ternura a Miguel Ángel y le dijo con una voz de satisfacción...

- ¡Con dos cojones!... ¿cómo se llama la elegida?

IV PARTE

Margarita estaba sentada frente a su computadora portátil en *GENIOS*, parecía estar muy concentrada en algunas fórmulas de la clase de Chaparro, las cuales, estimaba Margarita, ni siquiera el propio profesor *Einstein* podría haber podido comprender; pero la verdad era que sus pensamientos divagaban al rededor del sonriente profesor de matemáticas.

Desde hacía un año trabajaba para el servicio de inteligencia de la unión europea, quienes la habían contratado como abogada especialista en ética para vigilar de cerca las

investigaciones sobre el transhumanismo que se estaban realizando en *GENIOS*. Parecía que la universidad ya estaba haciendo experimentos con humanos y eso iba contra toda regla enmarcada en el derecho internacional humanitario. Sin embargo, muy poco era lo que había logrado investigar, parecía ser que la universidad no hacía tales experimentos todavía o que quienes estaban a cargo lo lograban ocultar muy bien.

Para colmo de males no dejaba de pensar en las *risitas* de ese profesor tan rubio como pelirrojo y qué decir de lo que había pasado cuando juntos tomaron el ascensor la otra noche. Su mirada azul y deslumbrante focalizada intensamente en la de ella, la había hecho perder el control por completo. Inmersa en una vergüenza que no pudo disimular, le había dicho a él una que otra frase inconexa desapareciendo casi en el acto muy aturdida, no sin antes haberse reído de un chiste del profesor que aunque creyó entenderlo no estaba segura por el aturdimiento; y sin embargo, esto todavía no había sido el colmo de los colmos, éste había ocurrido hacía unos días cuando el profesor la había investido en un abrazo sofocante, ella no había podido resistirse al calor de sus brazos impetuosos y al mismo tiempo se lo había correspondido, creyendo que casi unirían sus labios incomprensiblemente.

Pero estaban en juego muchas otras cosas y la situación se estaba tornando desbordante, por lo menos para ella. Aunque el rubio, con ese atractivo acento de español e impecable acento de alemán, le parecía un buen ser humano, eran los transhumanistas y junto a ellos, el inminente peligro de los transhumanos lo que a ella realmente le quitaba el sueño. Además, Chaparro pertenecía a ese grupo de profesores que hablaban de temas que se salían del estándar; esto lo hacía un profesor diferente. Un profesor que cumplía con el criterio de adeptos a *GENIOS* que podrían estar colaborando con experimentos transhumanistas en humanos. Si sus sospechas eran ciertas y Miguel Ángel Chaparro era parte de todo este entramado, lo mejor era distanciarse de él, porque si no lo hacía, ni siquiera volviéndose transhumana podría salvarse del torbellino de emociones que se despertaban cuando estaba a su lado.

- ¿En qué lio te has metido Margarita? – se preguntó susurrando con preocupación mientras cerraba las ventanas de su computadora.

Debía continuar con su hasta ahora raquílica investigación y para ello lo mejor era contactar a esa científica algo extraña de la que todos últimamente hablaban...

- ¡Claudia, qué bonito nombre!... un nombre que transmite mucha paz – se dijo mentalmente mientras guardaba su ordenador y recogía sus pertenencias del escritorio estudiantil para emprender una nueva actividad.

No sabía claramente el por qué, pero sentía que era la singular científica llamada Claudia quien guiaría sus pasos por esta encrucijada transhumanista. Mientras pensaba en todo ello, Margarita caminó hasta la puerta de la salida, un sol deslumbrante y atípico en Zúrich se erigió sobre sus morenas y a la vez rosadas facciones, respiró profundamente y recordó una vez más al profesor *risitas*, como ella le llamaba...

- ¿Has entendido mis clases hasta ahora? ¡Es que no viniste desde comienzos de semestre!

Le había preguntado él, una de las últimas veces en las que se habían visto a la salida de la universidad. Sin embargo, Miguel Ángel adelantándose como siempre a las respuestas, había continuado...

- A mí me encanta el modelo de las ecuaciones galácticas... no tienes que decir nada, pero sólo te digo que a mí me encanta...

A Margarita lo que realmente le encantaba era el entusiasmo del joven profesor, así que con una incipiente sonrisa le respondió...

- Creo que empiezo a entenderlas...

De repente Margarita se pillaba sonriendo con este recuerdo, entonces suspiró aún más profundo; era el comienzo del verano y había que disfrutar cada día de sol que viniera de ahora en adelante.

Continuará...